

Antonio Díaz-Florián

FLOR-MARCHITA

Segunda parte de la trilogía "Hay que llamar"

õ
Ediciones Azqueta

PERSONAJES

Por orden de aparición

FLOR

LA MADRE

LA TÍA

LA CURANDERA

Esta obra está protegida por los derechos de autor, depositados en la SGAE (Madrid) y el Registro Territorial de la Propiedad Intelectual (Ref: 12/033173.5/08).

Si desea utilizar la totalidad o parte del texto diríjase a la SGAE y/o al autor, a través de su página web: www.diaz-florian.com/contacto.

Pieza corta representada por primera vez en el Teatro Espada de Madera de Lima el 11 de abril de 2005, en colaboración con el Movimiento Manuela Ramos, en la "Casa del Bienestar" de Pamplona Alta, Lima.

Los personajes fueron creados por: Victoria Villanueva (La Madre), Alicia Villanueva (La Tía), Alicia Ruíz (La Curandera), Elena Respaldiza (La Vecina) y Lucía García (La Orientadora).

Posteriormente se suprimieron los roles de la Vecina y la Orientadora en la versión que presentamos.

ACTO ÚNICO

Una niña de unos doce años sentada en una silla en el centro del escenario o de la sala donde se represente la obra. Sola. Una lámpara cenital.

Entra la Madre.

MADRE: Tienes que hablar hijita.
Deja correr el torrente de dolor que te está ahogando.
No dejes que la serpiente venenosa
se nutra de tus entrañas ...

Entra la Tía.

TIA: Buenos días.

MADRE: Para nosotras no habrá más buenos ni malos días.
Porque todo será penumbra.
Un constante anochecer,
un eterno gris,
una muerte prematura,
un sinsabor de existencia,
un amargo gusto de la vida.

Has venido muy rápido.

TIA: En cuanto me llegó el recado.

- MADRE: No sé qué hacer.
Yo le di el primer soplo de vida y ahora no sé como darle el segundo.
- TIA: Tan solo ella puede hacerlo.
- MADRE: Quisiera que tome al menos un agüita de malva.
Dicen que eso calma el susto.
- TIA: No es susto lo que tiene, es terror.
- MADRE: Terror ...
Eso, terror.
Terror de, por encima, sentirse culpable.
- TIA: ¿Culpable de qué?
- MADRE: No sé cuñadita, pero hay momentos que me invaden ideas ...
- TIA: ¿Qué ideas?
- MADRE: Que quizás es culpa mía.
- TIA: ¿Cómo va a ser culpa tuya, mujer?
¿Qué tienes que ver tú con esto?
- MADRE: Hace tiempo que nosotros ...
- TIA: ¿Ustedes qué?
- MADRE: Que mi marido y yo, no ...

- TIA: ¿Y acaso esa es una razón para que lo haga con su hija?
- MADRE: No, claro que no, pero tú sabes ... los hombres ...
- TIA: ¿Los hombres qué?
¿Acaso no son seres humanos y deben respetar los derechos de los otros?
¿o son simplemente animales?
- MADRE: Será el instinto animal el que les empuja a hacer estas cosas.
- TIA: ¡Qué instinto ni qué niño muerto!
A los animales matreros se los castiga,
se les ata las patas,
se les quema el hocico
o se les corta el sexo.
Y si persisten en el vicio, se los manda al matadero, y ya está.
- MADRE: ¿Que se lo mate?
- TIA: Sí, ni más ni menos.
Y si faltan verdugos para levantar el hacha y cortarle la cabeza
estoy dispuesta a hacerlo yo misma.
- MADRE: ¿Matar a tu propio hermano?
Mujer, ¿cómo puedes decir una cosa así?
- TIA: Simplemente porque me es insoportable ver a mi sobrinita en este estado.
No puedo saber que la carne de mi carne
y la sangre de mi sangre ha sido ultrajada,
sin que ardan en mi cuerpo las llamas de la venganza.

No ... No puedo ver en este estado a mi sobrinita,
ella que se complacía en vestirse de novia con una sábana,
Ella que siempre dibujaba castillos encantados en cualquier hojita de
papel que encontraba.
Ella que siempre miraba el ocaso del sol
en espera que, de entre las nubes,
surgiera su príncipe azul
para llevarla en su carroza encantada.

Dime, cuñada,
¿cómo puedo admitir que un monstruo venga una mañana
y arrase con todos los sueños de mi princesita?
¿cómo puedo ver un angelito degollado sin gritar mi indignación?
¿cómo podré seguir en este mundo si no se hace justicia?
¿cómo?

MADRE: Eso mismo me digo yo.

TIA: Tú y millones de mujeres.

MADRE: Pero mi niña no dice nada.
Dinos una palabra hijita, por lo menos una, nada más.

TIA: No puede, su dolor es tal que ni siquiera puede quejarse.

MADRE: Que diga algo, que haga un gesto por lo menos,
para que su Madre no tenga la horrible sensación
de estar delante de una muerta.

TIA: Está caminando sobre el hilo delgadísimo que sirve de puente entre la
vida y la muerte.

MADRE: Que pase al otro lado o que se quede en este,
 pero que se acabe esta espera interminable.

TIA: Cuando se vive lo que ella ha vivido,
 El cuerpo se separa del alma.
 Y un cuerpo sin alma es un cuerpo muerto.
 Es una flor sin perfume.
 Es un ocaso de sol detrás de las nubes oscuras del invierno.

MADRE: ¿Por qué te balanceas, florcita?
 ¿Te duele?

TIA: Sí, le duele.
 Le duele el no poder ser jamás lo que fue.
 Le duele saber lo que desde ahora será.
 Es por eso que no puede llorar ni gritar.
 Su cuerpo desapareció con el grito del dolor.
 Ahora es tan solo un montón de carne y hueso
 que se pudre bajo los apretones, los manoseos,
 y los mordiscos asquerosos del agresor.

MADRE: He hecho llamar a la Curandera
 para que le dé una hierbita aliviadora
 que le haga bajar esos chichones, esos moratones y esas las ojeras
 que le dan aspecto de fantasma.

TIA: La naturaleza no ha previsto remedio para el vicio.

MADRE: Algún remedio tendrá que existir.

- TIA: Sí, el de la venganza.
Pero ése no se bebe con emolientes,
sino con el aire que se respira.
Se lo ingiere en cada inspiración
y poco a poco se va volviendo un cáncer
que a vuelta de unos años,
si no lo sacamos, si no lo gritamos,
acaba mermando el poco de carne y hueso que el agresor nos dejó.
Tan solo si tu Florcita habla se podrá salvar.
- MADRE: Es por eso que quiero que hable,
Que nos diga por lo menos una cosita.
Mira a ver si respira.
Yo ya ni sé.
- TIA: Claro que respira,
Está cargando un pulmón de rabia y el otro de culpabilidad
Y si el de la culpabilidad se llena primero se secará,
como esas flores espinosas del campo,
Y si el pulmón de la rabia gana
estallará en un grito renacedor
y comenzará a vivir una vida de combate y amor
por las otras mujeres del mundo que, como ella, saben lo que es el dolor.
- MADRE: Cómo va a estallar si parece que ni se mueve.
- TIA: Su mente es una luna que se desliza entre nubes de tormenta.
Solitaria.
- MADRE: No. Siempre tiene al lado el lucero de su Madre.

TIA: Y el de su Tía

CURANDERA: Y el de doña Obdulia!

MADRE: Entre, Madrecita, entre.

CURANDERA: ¡Ay!

¿Hasta cuando voy a ver tanta desgracia?

Hasta cuando tanta impunidad para los machos?

¡Ay! palomita a quien han cortado las patitas

¿hasta cuando tendrás que volar por los aires

sin poder posarte en las ramas del árbol familiar?

¡Ay! palomita inocente

¡Ay! Blanca cuculí de la mañana ...

MADRE: A veces pienso que ni nos oye, Mamitay.

CURANDERA: Claro que nos oye.

MADRE: Entonces ¿por qué no responde?

CURANDERA: Porque no tiene nada que decir.

MADRE: ¿Nada?

TIA: Nada, en estos instantes, significa que todo le es igual.

Lo bueno como lo malo, lo justo y lo injusto

lo verdadero y lo falso.

Para ella el mundo se ha desmoronado

como una estatua de arcilla bajo la tempestad.

Y el sol matinal de se su infancia

se ha tornado en un disco de ocaso
que se ahoga en el mar del dolor.

MADRE: ¿No se puede hacer algo para ayudarla?

CURANDERA: Sí. Lo que estamos haciendo.
Estar presentes. Sin más ni menos.

MADRE: Pero eso es poca cosa.

TIA: En estos casos, es todo.

CURANDERA: Dicen, que con la presencia se transmite la energía vital.
Que actuamos como imanes que, a veces,
logramos arrancar los moribundos de las garras de la muerte.
Tan solo podemos esperar.
Esperar que la niña salga de ese estado de postración
y que no se instale en un silencio mortal.
Que su instinto de supervivencia
rasgue el cielo nebuloso como relámpago devastador
y se decida a gritar, a expulsar su dolor.

TIA: Hay silencios que, a veces, son peores que la muerte.

MADRE: ¡No! No puede ser.
La muerte no puede ser la cómplice de la perversión.

CURANDERA: La muerte no es ni cómplice ni aliada de nadie.
Es una reina orgullosa y altiva.
Poco le interesa el accidente, la enfermedad o la salud,
ella sabe muy bien que nada ni nadie puede trabar su marcha implacable.

MADRE: Debemos ir a poner la denuncia.

CURANDERA: ¿Cómo, no han puesto aún la denuncia?

TIA: ¿Cómo, pues, vecinita? Si la Niña, no puede ni hablar.

CURANDERA: Tiene que contar.

TIA: ¿Qué quiere que cuente?
¿acaso las cosas no están claras?
¿acaso es menester que cuente los detalles y los pormenores del acto?

CURANDERA: Disculpen, pero a veces la edad y el horror,
me hacen decir cosas aberrantes.

TIA: Los Jueces de la audiencia le harán repetir las mismas preguntas
en todos los tiempos de la conjugación:
“Yo me hice...
Tu me hiciste...
El me hizo...
Ellos me hicieron...”

CURANDERA: Si se decide a vivir,
tendrá que atravesar obligatoriamente el “via crucis” de la justicia.

MADRE: Nosotras estaremos a su lado.

TIA: La triste experiencia me hace recordar
que la soledad, es la única compañera de la mujer agredida.

CURANDERA: ¿Qué sabes tú?

TIA: Tan solo lo que yo he vivido.

CURANDERA: ¿Qué?

¿Porque tu también...?

TIA: Sí, yo también.

Yo, y cientos, y miles, y millones de mujeres en el mundo.

CURANDERA: ¡Dios mío!

¡¡Ay!!

¡Qué insoportable dolor!

¿Y no hay modo de detener la esta hecatombe,
este genocidio, esta masacre?

TIA: No sé si existe un medio de detenerlo,

pero, para nosotras, las mujeres agredidas,

el buscarlo es la única razón por la cual sobrevivimos en esta tierra.

CURANDERA: ¿Tu conoces entonces el mismo dolor que ...?

TIA: Todas las mujeres del mundo lo conocen.

Ante esta clase de dolores todas tenemos la misma sabiduría.

No importa de qué país, cultura o raza vengamos,

todas sentimos en nuestras entrañas ese mismo dolor, indescriptible.

MADRE: Somos agua cristalina que se desliza entre las rocas de la bestialidad,
para irrigar el valle del amor.

TIA: ¡Ay! cuñadita,

si supieras cuán sola se siente tu Florcita en estos instantes...

Si supieras cuan cansada está ya de vivir...
Quizás desearías para ella la muerte,
porque sería el único medio de escapar al recuerdo,
de huir de los malos pensamientos,
de detener las imágenes que asaltan nuestra mente,
y poder por fin dormir ...
dormir para siempre...

CURANDERA: “Tayta Dios,
¡Ay! ¿por qué tanto dolor? ¿por qué?

TIA: Vamos a buscarle.
Y lo mejor que le puede ocurrir a ese judas de mi hermano,
es haberse ya ahorcado.
Si no quiere que lo hagamos nosotras mismas.

CURANDERA : Hay que esperar.

TIA: ¿Esperar qué?
¿Que después de haber asesinado primero a su niño, Angel,
y ahora agredido a su niña,
siga impune?
¿esperar que lo haga con sus sobrinitas?
¿con mi hija y las hijas de mis otras hermanas?
Tenemos que detener por todos los medios esta depravación inmundada.
Vamos a alertar a quien pueda o quiera alertarse.
No podemos perder tiempo.
El maldito gracias a las fiestas navideñas,
aún debe estar regocijándose en unas de esas cantinas de machos,
allí, por una vez, la música histérica y la cerveza pestilente
serán nuestras cómplices.
Gracias a su efecto de droga etílica,

podremos sorprender al infame
en medio de los eruptos y los tambaleos del la borrachera.

MADRE: Debemos ir a poner la denuncia.

CURANDERA: No podemos hacer nada, vecinita, sin la voluntad de tu Florcita.

TIA: ¡Dios! ¡Que me muero de rabia y de impotencia!
Por momentos tengo la sensación de que todo mi cuerpo va a estallar.

CURANDERA: Tienes mil razones para ello, Mujer, pero...

TIA: Basta de “peros”.
Las cosas se hacen hoy mismo o no se hacen.
El monstruo de mi hermano no puede quedar impune.
Ustedes espérenme aquí que pronto regresaré
con el resto de nuestras familias, con los vecinos y vecinas,
que estén dispuestos a solidarizarse
con la tragedia que vive nuestra Flor-marchita.
Iremos a buscarle donde se encuentre ese maldito,
iremos hasta el fin del mundo si es necesario,
Pero esta vez no se escapará.

Sale la tía

MADRE: Ella ha logrado sobrevivir. ¿Pero mi niña, mi Florcita ...?
Vecinita, por amor de todos los santos y todos los demonios,
tiene que darle alguna hierbita que pueda...

CURANDERA: Aquí traigo, llantén para secar sus heridas.

ruda, para que sus olores despierten sus sentidos,
rodajas de papa para sus sienes,
flor de malva par ceñir su frente,
y eucalipto para curar el ambiente.

MADRE: Gracias Mamitay.
Veamos...

CURANDERA: No. No la toques.
Está tan dolida y tensa que parece hilo de escarcha matinal
que el primer rayo de sol puede romper.

MADRE: Pónganle por lo menos las rodajas.
El frescor de la papa andina,
Podrá calmar el Fuego que le sale por las sienes.

CURANDERA: Pero suavecito.

MADRE: Y para que hable, ¿No trae nada?

CURANDERA: Ya hablará.

MADRE: Pero ¿cuando?

CURANDERA: Cuando el río baje de las montañas
acarreando el agua y lodo de cientos de riachuelos.
O cuando el río quede seco,
cadáver serpentino que el sol ha descarnado,
pedregal interminable de escamas blancuzcas y grises,
granito de arena que lanza al cielo su último resplandor.
Entonces para siempre callará.

MADRE: Una niña no puede morir.

CURANDERA: La muerte nos espera en una y otra orilla,
y la vida no es más que un puente que hay que atravesar,
que caminemos hacia adelante o hacia atrás,
apresurados o lentamente,
igual, tenemos que llegar

Silencio

Bueno vecinita, creo que es momento que me vaya.

MADRE: ¿Tan rápido?
Espero no haberla molestado.

CURANDERA: No se preocupe por mí, vecinita.
Que con lo de la niña creo que tendrá suficiente
y no por un día , mes o año, sino por toda la vida.
Bueno me voy, desgraciadamente tengo otros pacientes que atender.

MADRE: ¿Cuánto le debo, Mamitay?

CURANDERA: Estas limpiezas o alivios no tienen precio
ni para el paciente ni para la curandera.

MADRE: Que Dios se lo pague.

CURANDERA: Me lo paga, vecinita, me lo paga regalándome las hierbas del campo,
haciéndome conocer los sufrimientos y alegrías de cientos de gentes.
Me lo paga pudiendo venir aquí esta noche.

Me lo paga dándome el aire que respiro.

Me lo paga...

MADRE: Que vaya Dios con usted...

CURANDERA: Que se quede mejor aquí, con ustedes, que más lo necesitan que yo.

MADRE: Hay Taita Dios, qué interminable silencio.

Si pudiera conocer ya el final de todo esto.

Mi niña, tenemos que ir a denunciar,

aunque sea arrastrándonos, debemos llegar hasta la comisaría,

si no puedes hablar, yo hablaré por tí,

Yo le diré al señor, policía que anote en la denuncia:

“Cuando regresé de mi trabajo

delante de la puerta de la casa,

me tropecé con un hombre

primero me sorprendí, luego ,

por su caminar de puerco tambaleante

deduje, que se trataba del padre.

Quise correr tras el asesino de mi difunto hijito Angel,

pero como una serpiente que escapa del fuego,

en un abrir y cerrar de ojos el maldito desapareció.

Como movida por un instinto animal, en lugar de perseguir al asesino

quise primero proteger a mi hijita,

entré, desesperada, en la casa y al borde la cama encontré sentadita a mi niña.

Como movida por un instinto ancestral quise mirar entre sus piernas.

Traté de cogerle una de las dos manitas que tapaban su vergüenza y dolor.

Pero rápido me di cuenta que su cuerpito era casi cadáver.

En su mirada, el tiempo se había detenido en un grito plasmado en silencio.

HIJA: Mamá...

MADRE: ¿Qué mi niña?

HIJA: Vamos.

MADRE: ¿A dónde, mi niña ?

HIJA: A denunciar....

FIN